

Florentino Ulibarri

Conocer, gustar y vivir la Palabra

Sugerencias para orar con el Evangelio
Ciclo A



ASOCIACIÓN «COMUNIDADES CRISTIANAS FE Y JUSTICIA»

verbo divino

Florentino Ulibarri

CONOCER, GUSTAR Y VIVIR LA PALABRA

**Sugerencias para orar con el Evangelio
Ciclo A**

ASOCIACIÓN «COMUNIDADES CRISTIANAS FE Y JUSTICIA»

TERCERA EDICIÓN

evd

editorial verbo divino

Avda. Pamplona, 41

31200 Estella (Navarra)

2005

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Fotocomposición:
NovaText, Mutilva Baja (Navarra)

Florentino Ulibarri Fernández

© Editorial Verbo Divino, 2001
© De la presente edición: Verbo Divino, 2012

ISBN pdf: 978-84-9945-583-9
ISBN versión impresa: 978-84-8169-454-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A Loli Asua y Víctor Urrutia
en sus bodas de plata:

Tienda de lona en el desierto,
casa solariega en el campo,
cálido hogar en la ciudad,
iglesia doméstica,
comunidad que convence,
familia sin murallas,
pareja tierna y utópica,
Emaús con mesa,
Betania acogedora,
oasis gratis de tantos,
diálogo,
humanidad,
aire fresco...
Matrimonio cristiano.

¡Gracias!

Índice general

Presentación	7
Sugerencias para orar con el Evangelio	11
Esquema de oración	17
Parábola de la muñeca de sal	19
Tiempo de Adviento	21
Tiempo de Navidad	51
Tiempo de Cuaresma	87
Triduo Pascual	133
Tiempo de Pascua	157
Tiempo Ordinario	207
Fiestas	419
Bibliografía	421
Índice de textos evangélicos comentados	423
Índice litúrgico	427

Presentación

1. Este material sale a la luz pública tras varios años de experiencia dentro de la Asociación de Comunidades Cristianas Fe y Justicia y entre personas amigas.

En su origen está el anhelo de ofrecer una ayuda a los miembros de la Asociación, cristianos laicos, para cultivar la espiritualidad y oración en la línea de nuestro *Ideario* e identidad cristiana. Creo, no obstante, que puede servir para otras comunidades y para todo cristiano que quiera ponerse cara a cara, sin barreras y sin máscaras, ante la Buena Noticia del Evangelio y dejarse empapar y moldear por ella.

* * *

2. La oración pertenece al núcleo de la vida cristiana, pero, a pesar de ello, oramos poco. En teoría, todos afirmamos que lo normal para un cristiano sería orar con frecuencia, mas no lo hacemos. Si oramos es muy de vez en cuando, dedicándole poco tiempo y no siempre en el mejor momento. Para justificarnos, solemos dar un montón de excusas, algunas de ellas un tanto curiosas. Hay veces que decimos: «No tengo tiempo». Otras, solemos aducir: «No me acuerdo», o «no tengo ganas». También nos justificamos diciendo: «Es que no sé orar. No sé cómo se hace, qué tengo que decir, qué tengo que hacer». A veces insinuamos: «La vida comprometida ya es oración», o «¿para qué sirve la oración?». Hay momentos en que argumentamos con total descaro: «La oración, si no sale de dentro, no sirve. Yo oro cuando me apetece». Son también muchos los días que manifestamos nuestras dudas o dificultades para orar diciendo: «No sé si oro o me hablo a mí mismo. Yo no escucho a Dios. En cinco minutos ya sé lo que un texto me dice».

La oración no tiene trucos. Pero es necesario hacer la prueba, cultivarla un día sí y otro también, cuando tenemos ganas y, a veces, cuando no nos apetece. Si no, difícilmente llegaremos a gustarla, a descubrir su importancia, a ser personas de oración.

Orar es escuchar y hablar con entera confianza a Aquel que sé que me quiere. Dicho de otra forma, es mirar cara a cara a Jesús y dejarnos mirar por Él en todo momento, tú, yo, nosotros. Es un mirar

lento a su rostro, a sus sentimientos, a sus movimientos, a sus palabras; y un dejarnos mirar por Él en todo momento, tú, yo, nosotros. Es un mirar abierto, limpio, que permita a los ojos de Jesús clavar-se en los tuyos y llegar hasta tus entrañas. Él, con su mirada, te habla personalmente, te ofrece su mano y te sugiere caminos de vida y solidaridad. ¡Permanece ante Él sin miedo a que desvele tu mentira y tu verdad! La oración está hecha de largas miradas y hondos silencios. Nace de la escucha y el diálogo y tiene como horizonte la vida y la palabra de Dios. Por eso es necesario orar con la vida y el Evangelio, para tener vida y Buena Noticia que gozar y poder transmitir.

* * *

3. He puesto como título a estas páginas «*CONOCER, GUSTAR Y VIVIR LA PALABRA*». En él quedan sintetizadas las diversas dimensiones de la oración. La oración es un acto de toda nuestra persona y, como tal, tiene que ver con la *inteligencia* (conocer, entender, aprender, profundizar, saber...), con el *corazón* (amar, gustar, sentir, saborear, amistarse, dejarse tocar...) y con nuestra *voluntad* (querer, hacer, comprometerse, poner en práctica, cambiar, vivir...). Cuando la oración no nos lleva a madurar en las actitudes que hemos de tener respecto a la Palabra y a la vida, cuando no nos lleva a crecer en conocimiento, gusto y experiencia de la Buena Noticia, hemos de pensar que algo en ella está mal orientado. Conocer, gustar y vivir la Palabra son tres pasos a los que nos ha de llevar la oración. No siempre es necesario hacer los tres pasos. Y no siempre se dan en el orden lógico que aparecen aquí. Muchas veces las tres cosas se mezclan. Pero la verdadera oración, de una forma u otra, nos lleva a conocer, gustar y vivir la Buena Noticia.

* * *

4. El contenido de esta publicación es muy sencillo. Ofrece un comentario a todos los evangelios dominicales del *Ciclo A*. Siguiendo los diversos tiempos del año litúrgico, los comentarios aparecen en este orden: Adviento, Navidad, Cuaresma, Triduo Pascual, Pascua y Tiempo Ordinario.

Por delante de los comentarios hemos puesto unas *Sugerencias* para orar con el Evangelio y un *Esquema* para hacer oración. Tras los comentarios aparecen la *Bibliografía* usada y *dos Índices*: uno, por *Tiempos litúrgicos*, y otro, por *Evangelios* con los textos comentados de cada uno.

* * *

5. En cuanto a los comentarios evangélicos, seguimos en todos un mismo esquema, y la presentación puede dividirse en tres grandes apartados: a) encuadre general y anotaciones para comprender el texto; b) relectura del pasaje desde el aquí y ahora del mundo, de la comunidad, de mi vida personal; c) sugerencias para orar y adentrarse, personal y comunitariamente, en la Buena Noticia.

Cada comentario evangélico viene precedido por la transcripción del propio texto; así se facilita el uso y no hace falta acudir de continuo al Nuevo Testamento. Hemos usado, casi siempre, la traducción de la *Nueva Biblia Española* dirigida por Luis Alonso Schökel y Juan Mateos, Ediciones Cristiandad, Madrid 1975. Sin embargo, hay textos evangélicos tomados del *Nuevo Testamento de La Casa de la Biblia*, Ed. Verbo Divino, Estella 1992, y de la versión oficial para la liturgia. A veces, el texto evangélico transcrito abarca algunos versículos más que los que le corresponden al Evangelio del domingo. Ello es debido al deseo de situar ciertas perícopas o textos evangélicos en su contexto, para una mejor comprensión.

A cada comentario le hemos añadido, al final, una plegaria o un poema en consonancia con alguna de las ideas clave que se desprenden de su contenido. Esperamos sirvan para motivar y ahondar en la buena nueva del Evangelio.

El contenido puede servir para orientar la oración personal y para animar oraciones comunitarias; para leer y conocer con un poco más de profundidad los Evangelios; para dar explicaciones y pequeñas catequesis en torno a la palabra de Dios; para preparar homilías, etc. ¡Ojalá les saques jugo abundante para saborear y vivir el Evangelio!

* * *

6. He intentado aunar un lenguaje sencillo y claro con hondura de contenido, conocimiento técnico con una visión pastoral actualizada, fidelidad a la Palabra con libertad de espíritu ante los signos de los tiempos. Espero puedan usarse, sin problemas de comprensión, por todo tipo de personas que buscan conocer, gustar y vivir el Evangelio. ¡Ojalá haya acertado!

Sería para mí una enorme satisfacción el que tú, lector amigo, encontraras en estas páginas un instrumento práctico y una ayuda real para conocer, gustar y vivir el Evangelio y para acercárselo y entregárselo a otras personas como Buena Noticia.

De todas formas, éste no es un libro cerrado. Tus sugerencias y observaciones serán siempre bienvenidas.

* * *

Sugerencias para orar con el Evangelio

1. Leer el pasaje

- Leer lentamente, varias veces, y subrayar palabras, gestos, actitudes, frases... que me impactan.
- Leer el comentario, de la misma forma, para mejor comprender el texto.
- Hacer silencio y dejar que eso que he subrayado se grave en mí.
- Repetir las palabras y frases.
- Escuchar a Dios ahí y hablarle de eso.
- Dejarme empapar por la Buena Noticia lentamente, como la lluvia suave y persistente cala y moja la tierra.

2. Poner el Evangelio en primera persona

El Evangelio es BUENA NOTICIA, HOY, PARA MÍ.
No es algo del pasado, algo que sucedió. Está sucediendo ahora.

Jesús me invita, me habla, me revela algo, me anima, me exhorta; me cura, me libera, me recrimina, me toca, me mira, me felicita; me elige, se me queja, me quiere, me envía, me hace persona.

Yo soy quien le pregunta, quien le pide, quien le acecha, quien le escucha, quien le sigue, quien no le entiende, quien le admira, quien es curado, enviado, querido...

Todo eso está pasando AHORA.
Este momento es el KAIRÓS de Dios, su momento de gracia para mí.
Creo que ocurre ahora lo que ocurrió entonces.

Este pasaje es una historia de hoy, no sólo del pasado.
Ocurre hoy en el mundo, en la Iglesia, en mí.
Lo que el Evangelio narra tiene que ver con mi vida.

Lo que en el Evangelio se dice, se me dice a mí o lo digo yo.
Lo que acontece, me acontece a mí...
Jesús es el protagonista. Yo soy un actor metido en escena.
Por eso leo el texto evangélico en primera persona,
despacio, varias veces, dejándome empapar por él.

3. Identificarme con los personajes

Me meto dentro del hecho, de la narración, como uno más;
y me voy identificando con los PERSONAJES que salen;
con lo que hacen y dicen, con lo que sienten, piensan y quieren...

Me identifico con el pueblo, los discípulos, los fariseos,
el enfermo, el ciego, el paralítico, el endemoniado,
el leproso, los que le admiran, los que le acechan;
con Pedro, Juan, la Magdalena, Marta,
con sus parientes, con el joven rico, con el administrador,
con la viuda de Naín, con el hombre que encontró un tesoro,
con la adúltera, con Nicodemo, con María..., según el texto elegido.

Finalmente, me identifico con Jesús.
Yo soy como Jesús, otro Jesús.
Y dejo que fluyan los sentimientos.

4. Contemplar a Jesús

Leo el texto y me quedo CONTEMPLANDO a Jesús:
sus gestos, actitudes y palabras;
sus ojos, su corazón, sus sentimientos;
cómo habla, cómo trata a las personas;
qué experiencia tiene de Dios, su Padre;
lo que hace y lo que deja de hacer...

Permanezco quieto, junto a ÉL, cara a cara.
Miro, escucho, veo, siento, me alegro...

No trato de sacar conclusiones, ni decisiones éticas,
ni revisar mi vida, ni tomar compromisos.
Ni pienso qué me está pidiendo...
Sencillamente ESTOY contemplando, viendo quién es,
empapándome de su cercanía y amor,
de lo que hace conmigo y de lo que hace con otros.

Y, poco a poco, dejo que fluyan mis sentimientos:
alegría, alabanza, petición, perdón, ofrecimiento, disponibilidad, paz...

5. Fijarme en una frase

Leo el Evangelio y me fijo en una frase, o palabra, o gesto, o actitud.
La que más me llama la atención: Dios me habla a través de ello.
Después de acogerla, me dejo tocar por ella, dejo que me empape.
La rumio, le doy vueltas y vueltas,
le saco todo el jugo que puedo de Buena Noticia.
La acomodo a mi caso particular y me dejo interpelar por ella.
Dios me la dice a mí personalmente. Por eso es Buena Noticia.

Dios no suele soltar grandes parrafadas.
Ni habla tan oscuro que tengamos que estrujarnos los sesos.

Después, si tengo tiempo, sigo leyendo,
pero... no me como todo el pasaje.
Me detengo en lo que me impacta de nuevo. Y hago lo mismo:
lo acojo, lo acomodo, lo repito, lo rumio, me dejo tocar.

6. Usar la inteligencia, el corazón y la voluntad

Con la inteligencia: apoderarme intelectualmente del texto,
conocerlo y poseerlo.
Para ello, leerlo despacio en presencia de Jesús, subrayando;
entresacar las cosas esenciales.
Leer también el comentario del texto.
En este momento, la palabra clave es CONOCER.

Con el corazón: empaparme cálidamente del texto
en diálogo afectuoso con Jesús; saborearlo.
Tratar de sentir las ideas del Evangelio.
Para ello, repetir frases e invocaciones nacidas de dentro.
Meterme en escena. Experimentar con amor.
En este momento, la palabra clave es SENTIR.

Con la voluntad: expresar a Jesús mi deseo
de poner en práctica el contenido del texto.
Para ello, pedir con insistencia una decisión firme,
tomar un compromiso.
Convertirme y cambiar actitudes y vida.
En este momento, la palabra clave es QUERER.

7. Arar el texto

Cualquier pasaje evangélico tiene mucho contenido.
La costumbre de orar con él un día y pasar a otro texto,

o la de fijarse en una frase o sentimiento y dar por hecho que hemos orado con ese texto, es desperdiciar la mayor parte de él.

Frente a esas costumbres, tomemos el hábito de arar el texto, frase a frase y palabra a palabra, desde dentro, metiéndonos en escena. Acostumbrémonos a orar varios días con el mismo pasaje o texto.

Hay personas que pasan por todo superficialmente. No ahondan. Y, claro, la Buena Noticia les parece una trivialidad, que no merece la pena, que no dice nada. Es normal.

Para conocer, gustar y saborear el Evangelio necesitamos **ARARLO Y AHONDAR** en él. Los tesoros no suelen estar en la superficie.

8. Repasar mi vida a la luz del Evangelio: Aplicación personal

Si el Evangelio es Buena Noticia, hoy, para mí, si seguir a Jesús es pro-seguir su causa, si orar es vivir, experimentar la Buena Noticia..., el Evangelio **ES** y **TIENE** siempre una palabra viva para mi vida, para mi situación actual.

Aplico el pasaje a mi vida:

Lo que necesito,
lo que no vivo,
lo que me anima,
lo que se clarifica,
lo que no quiero tocar,
mis avances y alegrías,
lo que no hago,
lo que me pide hacer.

Lo que tengo que discernir,
lo que es puesto en entredicho,
mi proyecto de vida,
lo que voy descubriendo,
mis dudas, temores, dificultades,
mis falsos ídolos y justificaciones,
lo que puedo y debo hacer,
mis compromisos...

9. Cuando no me dice nada: estar activamente

Releo despacio el pasaje varias veces. Si nada resuena, sigo leyendo con amor y actitud de escucha, muy despacio, parándome, intentando estrujar..

Dios tiene su hora y viene en su momento. Quizás, cuando menos lo espero.

La ACTITUD DE ESCUCHA es ya una oración,
pues es estar con todo nuestro ser,
cara a cara, con Él, esperando y amando.

10. Volver sobre el mismo pasaje

Los pasajes evangélicos no son para orar con ellos una sola vez.
No basta con conocerlos. Son para saborearlos, gozarlos y vivirlos.
Por ello es necesario volver sobre ellos.
El Evangelio es Buena Noticia viva y sin fondo.
Nadie descubre su hondura EN UNA SOLA VEZ.

Es bueno y necesario volver a orar con aquellos pasajes o textos
que nos han impactado, que nos han removido,
que han resonado como Buena Noticia.

En la oración, como en el amor, hay que cultivar
lo que ayuda a su crecimiento.
Hay que volver, ante todo, sobre aquello que nos ilusiona
y mantiene nuestra esperanza,
y también sobre aquello que nos critica
o pone en entredicho nuestra vida y nuestro caminar.

No basta con descubrir la Buena Noticia;
es necesario perseguirla
para hacerse con ella,
para gustarla y saborearla.

Esquema de oración

1. Comienzo

- Prepararme externa e internamente.
 - *Buscar el lugar adecuado.*
 - *Tomar la postura más propicia.*
 - *Tener a mano los materiales que voy a usar.*
- Presentarme a Jesús.
- Suscitar dentro de mí deseos de orar, de estar.
- Pedirle la gracia de orar bien.
 - *Verbalizar todo esto.*
 - *Puedo usar una canción, una plegaria, un estribillo, un gesto...*

2. Proclamar, escuchar, revivir la Buena Noticia

- *Dios en la realidad:*
Recordar 2, 3, 4 acontecimientos, noticias, hechos, cercanos o lejanos, que me han afectado.
- *Dios en la Palabra:*
Lectura de un texto escogido del Evangelio o de otro libro de la Biblia.
- *Dios en la vida:*
Recordar por dónde me conduce Dios esta temporada.
 - *Se pueden hacer las tres cosas, dos o una.*
 - *Centrar la escucha; evitar la dispersión.*

3. Silencio, interiorizar, dejarse tocar o empapar

- a) *Con la inteligencia:*
Conocer, entender, aprender, profundizar, saber...

b) *Con el corazón:*

Sentir, gustar, saborear, amistar, dejarse tocar...

c) *Con la voluntad:*

Querer, hacer, estar, comprometerse, poner en práctica, vivir...

- *La interiorización, el dejarse tocar o empapar en silencio es la parte central de la oración.*
- *No siempre es necesario hacer los tres pasos.*
- *Y no siempre se dan en el orden lógico en que aparecen aquí.*
- *Inteligencia, corazón y voluntad, muchas veces, se mezclan en la oración.*
- *Si la oración es comunitaria, éste es el momento de compartir.*

4. Final

– Anunciar a Jesús mi despedida.

– Recordar la petición inicial y darle gracias.

– Gesto final de despedida.

- *Se puede usar una canción, una plegaria, rezar el Padrenuestro, repetir un estribillo o simplemente hacer un gesto. También, recibir la bendición de parte de Dios.*
- *Evitar concluir la oración de forma precipitada.*

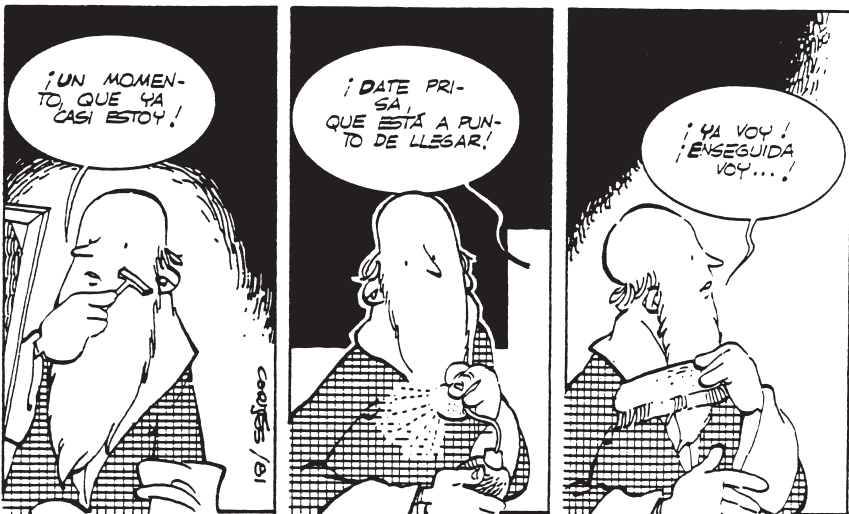
Parábola de la muñeca de sal

Una muñeca de sal recorrió miles de kilómetros de tierra firme,
hasta que, por fin, llegó al mar.
Quedó fascinada por aquella móvil y extraña masa,
totalmente distinta de cuanto había visto hasta entonces.
«¿Quién eres tú?»,
le preguntó al mar la muñeca de sal.
Con una sonrisa, el mar le respondió:
«Entra y compruébalo tú misma».
Y la muñeca se metió en el mar.
Pero, a medida que se adentraba en él,
iba disolviéndose, hasta que apenas quedó nada de ella.
Antes de que se disolviera el último pedazo,
la muñeca exclamó asombrada:
«¡Ahora ya sé quién soy!»

Anthony de Mello,
«El canto del pájaro»

*Déjate empapar por la palabra,
adéntrate en ella ¡y verás!*

Tiempo de Adviento



VAMOS A PREPARAR

VAMOS A PREPARAR EL CAMINO DEL SEÑOR.
VAMOS A CONSTRUIR LA CIUDAD DE NUESTRO DIOS.
VENDRÁ EL SEÑOR CON LA AURORA,
ÉL BRILLARÁ EN LA MAÑANA,
PREGONARÁ LA VERDAD.
VENDRÁ EL SEÑOR CON SU FUERZA,
ÉL ROMPERÁ LAS CADENAS, ÉL NOS DARÁ LA LIBERTAD.

Él estará a nuestro lado, Él guiará nuestros pasos:
ÉL NOS DARÁ LA SALVACIÓN.
Nos limpiará del pecado, ya no seremos esclavos:
ÉL NOS DARÁ LA LIBERTAD.

Visitará nuestras casas, nos llenará de esperanza:
ÉL NOS DARÁ LA SALVACIÓN.
Compartirá nuestros cantos, todos seremos hermanos:
ÉL NOS DARÁ LA LIBERTAD.

Caminará con nosotros, nunca estaremos ya solos:
ÉL NOS DARÁ LA SALVACIÓN.
Él cumplirá la promesa y llevará nuestras penas:
ÉL NOS DARÁ LA LIBERTAD.

Erdozáin, Carmelo

Estad atentos

«—Cuando venga este Hombre sucederá como en tiempos de Noé. Antes del diluvio la gente comía, bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y, cuando menos se lo esperaban, llegó el diluvio y se los llevó a todos. Lo mismo sucederá cuando venga este Hombre: dos hombres estarán en el campo, a uno se lo llevarán y al otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo, a una se la llevarán y a la otra la dejarán. Por tanto, estad en vela, pues no sabéis qué día vendrá vuestro Señor.

Ya comprendéis que si el dueño de la casa supiera a qué hora de la noche va a llegar el ladrón, se quedaría en vela y no le dejaría abrir un boquete en su casa. Pues estad también vosotros preparados, que cuando menos lo penséis llegará este Hombre.»

Mt 24,37-44

1. Encuadre general para comprender el texto

- a) Para comprender este pasaje evangélico hemos de situarlo en su contexto. Los capítulos 24 y 25 constituyen el quinto y último discurso del Evangelio de Mateo, que suele llamarse *discurso escatológico* porque habla sobre los acontecimientos últimos y definitivos, sobre el final de la historia y del mundo (*eskhaton* = último, definitivo). Debido a que habla de la venida definitiva del Hijo del Hombre con poder y gloria recibe, también, el nombre de *discurso sobre la parusía* («parusía» significa «presencia» y equivale a la venida o manifestación gloriosa y definitiva del Señor). Otras veces, por el lenguaje e imágenes que usa, se le denomina *discurso apocalíptico* («apocalíptico»: género literario en el que a través de visiones que hablan de tribulaciones y cataclismos cósmicos se nos revela la salvación y se proyecta ansiosamente la mirada hacia el futuro del que se espera llegue la liberación).
- b) El discurso escatológico del Evangelio de Mateo se divide en *tres partes*. Comienza con una instrucción acerca del cómo y

del cuándo de la venida definitiva del Señor y del fin del mundo, que el evangelista relaciona íntimamente en estos capítulos (24,3-44). Viene a continuación una serie de tres comparaciones o parábolas, para ilustrar las actitudes que los discípulos deben adoptar ante este acontecimiento (24,45-25,30). El discurso se cierra con una descripción plástica del juicio final (25,31-46).

- c) La *finalidad* del discurso escatológico no es describir el futuro, sino orientar a los discípulos hacia él e *invitarles a vivirlo en vigilancia*. La curiosidad por conocer el contenido preciso del futuro, el cómo y el cuándo, no tiene importancia, no salva. Pero sí es importante que el discípulo sepa el camino que ha de recorrer para no comprometer el futuro. Lo que cuenta, en definitiva, es cómo vivimos aquí y ahora.
- d) La pregunta que los discípulos hacen a Jesús –«Dinos cuándo va a ocurrir esto y cuál será la señal de tu venida y del fin de este mundo» (24,3)– resuena a lo largo de todo el discurso. El motivo central no es la destrucción del templo, o de Jerusalén, sino la venida de Jesús al final de los tiempos. Mateo se refiere a dicha venida nueve veces en estos capítulos (Mt 24,3.27.30.37.39.50; 25,6.19.31). Es sin duda el tema central, pues esta venida *constituye el horizonte de la vida de los cristianos en el tiempo presente*.
- e) Jesús describe su venida definitiva como «*la venida del Hijo del Hombre*». La figura del Hijo del Hombre representa en el libro del profeta Daniel (7,13) a los santos del Altísimo, que han resistido en las persecuciones, y que aparecerán gloriosos al final de los tiempos. Después este título se dio a personajes concretos, y es frecuente encontrarlo, en los evangelios, en boca de Jesús. A la luz de la resurrección los primeros cristianos se lo aplicaron a Jesús para resaltar su condición de juez universal y definitivo.

El texto que comentamos aquí (24,37-44) responde a la pregunta por el cuándo. El momento es incierto y llegará en medio de la normalidad, se nos dice. De ahí la insistencia en estar atentos, vigilantes y vivir con lucidez.

2. Vivir con lucidez

Ésta es la principal recomendación de Jesús en su discurso sobre el retorno del Hijo del Hombre. Es una llamada a *vivir atentos a los signos de los tiempos*; a no dejarnos atrofiar por el activismo, la ligereza, la superficialidad y la incoherencia; a despertarnos a la fe con responsabilidad personal y social. Y es que el momento, por una par-

te, es incierto. «Nadie sabe nada... sólo el Padre», es una afirmación que se repite de continuo (Mt 24,36.42.44.50; 25,13). Pero esta ignorancia sobre el día y la hora ha de conjugarse con la certeza de que el Hijo del Hombre vendrá en el momento más insospechado: llegará en medio de la normalidad, como el diluvio en tiempos de Noé, sin señal alguna extraordinaria.

Los dos ejemplos que ilustran esta exhortación insisten en el descuido de los contemporáneos de Noé y del amo de la casa; en la llegada imprevista del diluvio y del ladrón, y en la ruina que provocan ambos acontecimientos. Lo mismo le sucederá a la comunidad cristiana si, confiada en la tardanza de su Señor, se descuida y no vive en tensión de espera, en espera activa y comprometida.

A veces vivimos a la espera de algo extraordinario y sólo nos fijamos y estamos atentos a los acontecimientos que parecen romper la normalidad de la vida. Mientras tanto, nos afanamos por vivir y trabajar –como los contemporáneos de Noé que comían, bebían y se casaban, o los de Jesús que trabajaban en el campo o molían en casa–, pero somos ajenos a lo que acontece desde Dios, a su juicio y a su *venida en el diario vivir*, a la verdadera historia de salvación. Vivimos y trabajamos, pero somos ajenos a la injusticia, al anhelo de paz, a los dolores de parto del mundo, a la insolidaridad, a la idolatría...

«Estad en vela, estad preparados, vigilad», es la recomendación de Jesús. Esta actitud nada tiene que ver con el indagar curiosamente sobre el cómo y el cuándo; ni con un esperar pasivo que aguarda señales o acontecimientos sorprendentes. Y tiene mucho que ver con un estilo de vida que vive cada instante como don y señal de Dios; que se entera de la historia, de lo que acontece, y sabe discernirlo; que no se deja embaucar ni vive drogado ni ajeno a los signos de Dios. Es un vivir *con lucidez, con hondura*, tendiendo hacia el Reino, haciendo camino, madurando, acogiendo la salvación de Dios.

El vivir sin privaciones, la falta de compromisos duraderos, la pérdida de horizonte, la incertidumbre ante el futuro, el desencanto político, la rigidez eclesial y otros factores, están haciendo nacer un hombre, una mujer; una persona sin metas ni referencias, espectadora pasiva de la historia, buscadora de su propia seguridad, individualista e insolidaria. Un ser humano que necesita escuchar urgentemente las palabras del Evangelio de hoy: «Vigilad, estad preparados».

3. Vivir en esperanza y despertando la esperanza

He aquí todo un programa de vida, un reto, una tarea. Minados por el pecado, la cobardía o la mediocridad, los cristianos nos en-

contramos sin fuerzas para generar esperanza, defraudando nuestra propia identidad y misión. Vivimos sin horizonte, sin futuro, sin objetivos adecuados. Más que gozar de nuestra liberación y esperar nuestra salvación y plenitud nos aferramos a lo que tenemos. La venida del Señor se nos presenta más como la de un *ladrón que nos despoja* que como la de un *padre que nos plenifica*. Y, sin embargo, lo que caracteriza al cristiano es su manera de enfrentarse a la vida desde la esperanza arraigada en Cristo. Si pierde esta esperanza lo pierde todo. Ya no es cristiano.

Esta esperanza no se basa en cálculos; no es el optimismo que puede nacer de unas perspectivas halagüeñas sobre el porvenir; tampoco se trata de un olvido ingenuo de los problemas. La esperanza cristiana es el estilo de vida de quienes se enfrentan a la realidad enraizados y edificados en Jesucristo. La esperanza cristiana no tiene otro cimiento ni otro horizonte. Por eso, sólo en la medida en que nos desprendemos de falsas seguridades y falsos horizontes, sólo en la medida en que Cristo entra y orienta todas las dimensiones de nuestra vida, podemos decir que su venida es liberadora y salvadora. Sólo en la medida en que Cristo tiene consistencia en nuestra vida podemos vivir de cara a Él, anhelando la plenitud.

4. Nunca es tarde

A pesar de nuestros problemas y carencias, vivimos en una sociedad que tiene la *patología de la abundancia*. Uno de sus efectos más graves y generalizados es la frivolidad: la ligereza en el planteamiento de los problemas más serios de la vida; la superficialidad que lo invade todo. Este cultivo de lo frívolo se traduce, a menudo, en incoherencias fácilmente detectables entre nosotros.

Se descuida la educación ética o se eliminan los fundamentos de la moral, y luego nos extrañamos por la corrupción de la vida pública. Se invita a la ganancia de dinero fácil, y luego nos lamentamos de que se produzcan fraudes y negocios sucios. Se educa a los hijos en la búsqueda egoísta de su propio interés, y más tarde nos sorprende que se desentiendan de sus padres ancianos. Cada uno se dedica a lo suyo, ignorando a quien no le sirva para su interés o placer inmediato, y luego nos extrañamos de sentirnos terriblemente solos. Se trivializan las relaciones extramatrimoniales, y al mismo tiempo nos irritamos ante el sufrimiento inevitable de los fracasos y rupturas de los matrimonios. Nos alarmamos ante esa plaga moderna de la depresión, pero seguimos fomentando un estilo de vida agitado, superficial y vacío. Nos sentimos amenazados por las cifras crecientes de desempleo, y al mismo tiempo nos aferramos a nuestro puesto de trabajo y hasta mete-

mos horas extras por conservarlo. Hablamos de justicia y solidaridad, pero son pocos los que se replantean su estilo de vida y status social...

De la frivolidad *sólo es posible liberarse despertando*, reaccionando con vigor y aprendiendo a vivir de manera más lúcida. Éste es precisamente el grito del Evangelio de hoy: «Vigilad, velad, estad preparados». *Nunca es tarde* para escuchar la llamada de Jesús a vivir vigilantes, despertando de tanta frivolidad y asumiendo la vida de manera más responsable.

5. Sugerencias para orar

- a) *Prepararme*. O sea, despertar, restregarme los ojos, lavarme, levantar la vista. Dejar fardos y fracasos, costras y cargas. Calzarme las sandalias y entrenarme. Salir de mí mismo y otear el horizonte. Mirar a Dios y dejarme cautivar por su palabra en vez de centrarme –encerrarme– en mí mismo y en mi pequeño mundo.
- b) *Esperar*. A esperar se aprende esperando. Practicar la esperanza en todo momento, aquí y ahora, y más adelante, a lo largo del día. Renovar la esperanza en mi familia, en la comunidad, en los amigos, en la Iglesia, en las organizaciones y asociaciones, en los políticos, en mí, en la vida, en Dios... Descubrir y acoger razones para esperar; dejarme convencer por ellas. Eso es orar.
- c) *Mantener la confianza de que el Señor vendrá* a mi mundo, a mi vida, a mi afán, a mi nada, a mis sueños, a mi edad. Mantener la confianza de que nos traerá cada día la alegría, la verdad, la paz, la ocasión para amar, una nueva canción de amistad. Mantener la confianza de que vendrá, porque ya hay signos que lo anuncian, aunque a veces nos bombardeen con anti-signos, oscuridades y silencios. Mantener la confianza en que nuestro trabajo, mi trabajo, va haciendo, poco a poco, un mundo más humano.
- d) *Descubrir mis anhelos más hondos*. Mis anhelos materiales y espirituales, individuales y sociales. Ponerlos delante de Jesús. Mirarlos y sopesarlos. Y acogerlos, cuidarlos, asumirlos con amor.
- e) *Vivir con lucidez*. Ver qué puedo hacer hoy o qué he hecho para vivir con más hondura y lucidez, con más alegría y plenitud. Ver lo que me está dando lucidez. Practicar la crítica sana, la acción de gracias generosa, la petición confiada... Eso es orar.

¿PREPARADOS?

¿Por qué tanto dolor?
¿Por qué sufrir?
¿Por qué enfermar?
¿Por qué la muerte?
¿Por qué somos egoístas?
¿Por qué somos insaciables?
¿Por qué me siento vacío?
¿Y por qué no soy feliz?

¡En marcha!

¿Qué hacéis ahí filosofando?

¿Para qué trabajar?
¿Para qué esforzarme?
¿Para qué la vida?
¿Qué queda después de todo?
¿Qué significa ser libre?
¿De qué sirve vigilar?
¿Dónde está la verdad?
¿Y si Dios no llegara?

¡En marcha!

¿Qué hacéis ahí filosofando?

La vida es pura rutina.
La vida es una pasión inútil.
La vida es una tómbola.
La vida es un proyecto humano.

Sólo se hace lo que se aprende.
Sólo se aprende lo que se hace.
Sólo se mama lo que se llora.
Y sólo se sabe lo que se suda.

¡En marcha!

¿Qué hacéis ahí filosofando?

Ya estamos en una comunidad.
Sabemos qué es la opción por los pobres.
Hemos leído tu palabra.
Nos hemos desprendido de leyes.
Somos lúcidos.
Celebramos tu venida.

Cultivamos la espiritualidad
y hasta creemos que nunca es tarde...

¡En marcha!
¿Qué hacéis ahí filosofando?

La verdad está en el camino.

Ulibarri, Fl.

Juan, el precursor: Su persona y su mensaje

«Por aquellos días se presentó Juan Bautista en el desierto de Judea proclamando:

–Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.

A él se refería el profeta Isaías cuando dijo:

*“Una voz grita en el desierto:
Preparadle el camino al Señor,
allanad sus senderos” (Is 40,3).*

Este Juan iba vestido de pelo de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre.

Acudía en masa la gente de Jerusalén, de toda Judea y del valle del Jordán; confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán.

Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo:

–¡Camada de víboras!, ¿quién os ha enseñado a vosotros a escapar del castigo inminente? Pues entonces, dad el fruto que corresponde a la conversión y no os hagáis ilusiones pensando que Abraham es vuestro padre; porque os digo que de las piedras éstas es capaz Dios de sacarle hijos a Abraham. Además, el hacha está ya tocando la base de los árboles, y todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego.

Yo os bautizo con agua, para que os arrepintáis; pero el que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y yo no merezco ni quitarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego, porque trae el biello en la mano para aventar su paja y reunir el trigo en su granero; la paja, en cambio, la quemará en una hoguera que no se apaga.»

Mt 3,1-12

1. Encuadre general

- a) Juan Bautista fue un personaje importante, un guía carismático de un movimiento de corte popular. El historiador Flavio Josefo le dedica en sus obras más atención que al mismo Je-

- sús. Su mensaje estaba centrado en la *urgencia de la conversión*. El bautismo, un rito de purificación a través del agua, frecuente en algunos grupos judíos, era el sello de esta conversión. La predicación de Juan Bautista tuvo gran éxito y atrajo a multitud de personas de todos los estratos sociales.
- b) Según la más antigua tradición cristiana (Hch 10,37ss), el comienzo de la vida pública de Jesús estuvo *muy relacionado con el movimiento de Juan*. Los primeros cristianos identificaron a Juan con el mensajero anunciado en Is 40,3 y con Elías (2 Re 1,8), que según la tradición judía sería el precursor del Mesías (Mt 11,14; 17,11; Mal 3,23-24). De acuerdo con esta interpretación, Jesús aparece como el Mesías y Juan como el precursor. De ahí que vista igual que Elías, el profeta enfrentado al sistema que vivió como nómada y pobre.
 - c) Para un paladar moderno *resulta indigesto este individuo* que practica una dieta a base de saltamontes y miel silvestre. Ningún personaje importante lo acreditaría hoy como su portavoz. Ninguna empresa le confiaría sus relaciones públicas. Ninguna orden o comunidad le encargaría reclutar vocaciones. En muchos ambientes eclesiásticos crearía, más que otra cosa, situaciones incómodas. Además, aparece en el desierto, no en el templo. Y pregona a todos los que acuden la conversión, el cambio de vida. No trata de agradar, lisonjear o desencadenar aplausos.
 - d) Juan, reconociendo la fuerza del que viene detrás de él y *su bautizar con Espíritu y fuego*, no hace sino proclamar la condición mesiánica de Jesús. La fortaleza y el don del Espíritu son prerrogativas del Mesías esperado, tal como lo habían anunciado desde antiguo los profetas (cf. Is 9,2; 11,2).
 - e) De entre los autores del Nuevo Testamento, Mateo es el que presenta a Juan con rasgos más cristianos. Resume la predicación del Bautista con las mismas palabras que resumirá más adelante la predicación de Jesús: «*Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos*» (3,2; 4,17). Mientras que, para Lucas, Juan es el último profeta y pertenece al Antiguo Testamento (Lc 16,16), para Mateo, su presencia inaugura la llegada del reino de Dios y es un signo evidente de ella (Mt 11,1-19).

2. El mensaje de Juan Bautista

- a) «*Convertíos*» (v. 2). Algunos textos, en vez de traducir la palabra griega «metanoia» por conversión, lo hacen por arrepentimiento o enmienda. La metanoia se corresponde mejor con la expresión castellana «cambio de vida». La conversión/metanoia

no puede, pues, confundirse con el simple cambio de ideas, o con un cambio superficial, o con el mero hecho de confesarse o reconocer lo negativo. Es un cambio radical y total, que afecta a todo nuestro ser y a todas las dimensiones de nuestra existencia y que nos lleva a vivir y obrar de cara al Dios justo. Es volverse hacia Dios y, como Él, obrar la verdad, la justicia y el amor.

- b) «*Ya llega el reino de los cielos*» (v. 2). En lugar de «reino de Dios», Mateo usa en su Evangelio la expresión «reino de los cielos», que responde a la preocupación judía de no usar ni nombrar el nombre de Dios y sustituirlo por una metáfora. El mensaje de Juan Bautista coincide con el de Jesús (4,17). La expresión reino de Dios/reino de los cielos, en aquella sociedad, designaba el compendio de todos los bienes esperados por el pueblo. Con la llegada del Reino se hace presente en el mundo la soberanía de Dios. Las palabras y los gestos de Jesús serán el signo evidente de que Dios comienza a reinar. Los pobres, los indefensos, las viudas, los extranjeros, los que ven cómo sus derechos no son respetados pueden alegrarse, pues Dios va a hacerles ya justicia, Dios está llegando.
- c) «*No os hagáis ilusiones pensando que Abraham es vuestro padre*» (v. 9). No hay privilegio para nadie. Ni siquiera el ser hijos de Abraham, cosa de la que se gloriaba todo israelita, libra de practicar la justicia y convertirse. No es la raza lo que cuenta, ni la simple pertenencia institucional a esto o lo otro. Extendiendo esta idea, diremos que tampoco da privilegio alguno el ser cristiano, estar bautizado, participar en el culto eclesial, recibir los sacramentos, pertenecer a una comunidad, etc. Lo que Juan predica, lo que el Reino pide, es la conversión.
- d) «*Dad el fruto que corresponde a la conversión*» (v. 8). La verdadera conversión se manifiesta, ante todo, en los frutos. El fruto va más allá de la mera carencia del mal o pecado. El fruto es expresión de un nuevo estilo de vida. No basta con no hacer mal; es necesario hacer el bien, practicar la justicia, dar frutos de conversión.
- e) «*El juicio de Dios.*» Esta expresión no sale en el texto evangélico, pero lo impregna de arriba abajo. Las referencias «al castigo inminente, al hacha, al ser cortado y echado al fuego», así lo muestran. Juan lo que anuncia y proclama es, sobre todo, la justicia de Dios hecha realidad, el juicio de Dios. En la Biblia, hablar de la justicia/juicio de Dios no es tanto hablar de castigo cuanto de liberación y salvación. Que Dios sea justo, como repiten una y otra vez los profetas, quiere decir que es liberador, que hace justicia a los pobres, que exige se respete el derecho de los pequeños y oprimidos; que es recto y no se deja

sobornar por la palabra engañosa o el culto al vacío. Por eso, al juicio/justicia de Dios, hay quien lo teme porque pone al descubierto la vaciedad y falsedad de sus criterios y vida, y hay quien lo anhela, porque él le libera, le salva y le da dignidad para vivir.

3. «Yo os bautizo con agua... Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego»

Para mejor comprender estas palabras hemos de adentrarnos en su simbolismo y en la expectativa en que vivía entonces el pueblo de Israel. Existía la creencia generalizada de que pronto Dios enviaría a su *Ungido* (= *Mesías*), el cual instauraría el reino de Dios. De ahí que Juan se presente como el precursor que prepara el camino a uno más fuerte que él: el Mesías, el Señor. El Mesías sumergirá a la humanidad, no en las aguas del Jordán, sino en la profundidad de Dios, simbolizado por el *Espíritu* (= *viento*) y el fuego. En la Biblia, la salvación es presentada frecuentemente como un viento o soplo divino (eso es lo que quiere decir «espíritu») que permite separar lo bueno de lo malo, como el viento permite aventar la parva y separar el grano de la paja. También los profetas compararon a Dios y su justicia con el fuego. El fuego, en efecto, quema la paja, lo que no tiene consistencia, y purifica todo lo demás. Por tanto, el viento y el fuego (dos símbolos que aparecen en Pentecostés cuando el Espíritu desciende sobre los apóstoles en Hch 2,1-4) son símbolos de la teofanía o manifestación de Dios al ser humano, signos de su presencia salvadora en medio del pueblo. Dios llega como viento y fuego para destruir la injusticia y para implantar la justicia. Es inútil hacer frente al viento y al fuego, sobre todo cuando ambos elementos se juntan. Así, el ser humano, ante la irrupción de Dios y su Reino, se queda desnudo. Podrá intentar acallar el silbido del viento o apagar la llama del fuego, pero no lo logrará. El Mesías actuará con su poder y justicia. Y su juicio pondrá al descubierto lo que cada uno es.

4. La seducción de la palabra de Dios

La afluencia masiva del pueblo hacia el desierto, hacia la voz del profeta que grita algo nuevo al margen de las instituciones, muestra la seducción de la palabra de Dios cuando se proclama al desnudo y en directo. El Evangelio, ayer y hoy, se niega a ser domesticado o manipulado por los «fariseos» (observantes de la Ley y cumplidores rituales de tradiciones) o por los «saduceos» (clase dominante que acapara el dinero y el poder). Y sigue seduciendo a hombres y mujeres cuando se proclama sin paños calientes y con la vida.

5. Preparad el camino al Señor

Una religiosidad reprimida es algo patógeno y se convierte en fuente de neurosis. Hoy día estamos expuestos a múltiples factores que pueden producir esa represión. A veces, es el imperio absoluto y despótico de la razón científica mal entendida el que ahoga la inquietud religiosa que brota del corazón humano. Otras veces, la persona se instala en una vida pragmática y superficial que le impide llegar con hondura al fondo de su ser. Sólo le interesa la satisfacción inmediata. Ya no queda sitio para Dios. Con frecuencia, el vacío dejado por Dios viene a ser ocupado por «*los dioses vestidos de paisano*» de la era moderna: el dinero, el sexo, el prestigio social, la diversión, las vacaciones, etc. Pero la religiosidad queda ahí latente, incluso en personas que se dicen increyentes. Lo grave es que esta religiosidad atrofiada y reprimida perturba la relación sana con Dios y puede producir, lo mismo que cualquier otra represión, efectos muy negativos en la persona. La curación, como en todos los procesos de represión, sólo se logra cuando la persona se plantea de manera consciente y responsable su actitud. En este caso se trata de cerrar definitivamente las puertas a Dios o bien de acogerlo de manera consciente y hacerle un sitio en la propia vida.

De nuevo una voz nos grita a todos: «Preparad los caminos al Señor». Quitad los obstáculos que impiden la llegada de Dios a vuestras vidas. No bloqueéis su presencia. No reprimáis por más tiempo vuestra nostalgia inconsciente de Dios.

6. Sugerencias para orar

- a) *Escuchar las voces que claman en el desierto.* Hoy, un grito estridente y doloroso resuena en nuestro mundo. Es el clamor de los pobres, los indefensos, los atropellados por la injusticia, los ancianos, los humillados, los manipulados, los emigrantes, los que carecen de trabajo... Es una voz que nos urge a preparar el camino del Señor, socializando más nuestra vida y cambiando estructuras. Es una voz que nos habla de allanar, enderezar, igualar para que el reino de Dios se acerque, para que todos podamos ver la salvación de Dios. ¿Se puede orar sin escuchar esas voces?
- b) *Escuchar el mensaje de Juan Bautista.* No valen las justificaciones, ni el hacerse ilusiones. De poco sirve quedarse en las palabras. Hemos de dar dignos frutos de conversión. Y éstos se notan, manifiestan una realidad, personal y social, un cambio visible, un cambio que llama la atención de nosotros mismos y

de los demás. Escuchar las palabras de Juan Bautista y dejarse seducir por la palabra de Dios, y dejarnos interpelar por nuestros propios cambios y frutos, eso es orar.

- c) *Ver cómo voy vestido.* Fijarme y tomar conciencia de cómo visto y como, de dónde vivo, de todo lo que tengo de superfluo e innecesario... Darme cuenta de mi aspecto externo y también de mi interior. De los lugares y personas que frecuento y también de los que evito. Ver si uso máscaras y disfraces. Y el porqué de ello. Mirarme y dejarme mirar. No engañarme. Orar es entrar dentro de nosotros acompañados por Dios para conocernos y convertirnos.
- d) *Ser profeta.* El profeta cristiano siempre habla en nombre de Dios, no en nombre propio. El precursor siempre habla en nombre del que viene. Ver en nombre de quién hablo yo. Ver si hago de precursor o vivo escondido. Ver si mi voz clama ante la injusticia o calla por miedo. Orar es ejercitarse como profeta y precursor, aquí y ahora, en este lugar en el que estoy y vivo. Orar es aprender de Juan Bautista... Empezar a decir las verdades que hieren, las verdades que curan y salvan.
- e) *Acercarme al agua o/y al fuego.* Experimentar el poder purificador de ambos. Lavarme y sentirme limpio y fresco; acercarme al fuego y sentirme acrisolado y con vida. Ver ambas cosas como algo simbólico que me acerca a Dios. Agradecer los símbolos, los sacramentos, todo lo que me lo revela o me acerca a él.

LA VOZ QUE CLAMA

Llévame al desierto
y susúrrame, en el silencio,
tu palabra.

Condúceme por la ciudad
y grítame, entre el tráfico y el barullo,
tu palabra.

Dirígeme por tus caminos
y dime, quedamente,
tu palabra.

Llévame por valles y montañas
y repítame, con eco y fuerza,
tu palabra.

Guíame a la periferia de siempre
y enséñame, con paciencia,
tu palabra.

Álzame por encima de mis problemas
y desvéname, con gracia y ternura,
tu palabra.

Lánzame al agua
y hazme beber, serenamente,
tu palabra.

Transpórtame a cualquier oasis
y refléjame, claramente,
tu palabra.

Déjame en el corazón de las personas
y espera, Señor, que crezca en mí
tu palabra.

Ulibarri, Fl.

Emisarios de Juan Bautista

«Juan se enteró en la cárcel de las obras que hacía el Mesías y mandó dos discípulos a preguntarle:

–¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro?

Jesús les respondió:

–Id a contarle a Juan lo que estáis viendo y oyendo:

*Los ciegos ven y los cojos andan,
los leprosos quedan limpios y los sordos oyen,
los muertos resucitan
y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia.*

Y ¡dichoso el que no se escandalice de mí!

Mientras se alejaban, Jesús se puso a hablar de Juan al gentío:

–¿Qué salisteis a contemplar en el desierto?, ¿una caña sacudida por el viento? ¿Qué salisteis a ver si no?, ¿un hombre vestido con elegancia? Los que visten con elegancia, ahí los tenéis, en la corte de los reyes. Entonces, ¿a qué salisteis?, ¿a ver a un profeta? Sí, desde luego, y más que profeta; es él de quien está escrito:

“Mira, yo te envío mi mensajero por delante para que te prepare el camino” (Mal 3,1).

Os aseguro que no ha nacido de mujer nadie más grande que Juan Bautista, aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él.»

Mt 11,2-11

1. Para comprender la perícopa

La figura de Juan Bautista da unidad a toda esta perícopa. Mateo presta especial atención a este personaje en su Evangelio. Es probable que tenga presente los grupos de discípulos de Juan que existían en su época (Hch 18,25; 19,1-7), y que trate de orientar la relación que mantienen los cristianos con esos grupos. Ante la polémica en torno a quién era mayor, si Juan o Jesús, deja zanjada la cuestión: Juan es más que un profeta, es el precursor de Jesús, el mensajero;

pero el Mesías esperado, el que realiza los signos anunciados por los profetas, ése es Jesús.

En el texto se distinguen claramente dos partes: 1) *la respuesta a los enviados del Bautista* (vv. 2-6); 2) *la declaración de Jesús sobre Juan* (vv. 7-15):

- 1) El comportamiento de Jesús, parece ser, no responde al ideal mesiánico de Juan. Éste, en la cárcel por haber criticado a Herodes, al ver que las obras de Jesús no son como él había pensado, al comprobar que decepcionaban a sus compatriotas, que el pueblo no se convertía, que crecían los conflictos con los jefes..., se siente dubitativo y angustiado, y envía a dos de sus discípulos para que pregunten directamente a Jesús si él es el Mesías.

Obsérvese que Jesús no responde directamente a la pregunta, sino que remite a sus obras (una historia que está a la vista de todos) y a las Escrituras. Sus signos, contemplados a la luz de los oráculos proféticos (Is 35,5-6; 42,18), revelan claramente que él es el Mesías, el que tenía que venir. Él cura al pueblo de sus heridas, enfermedades y carencias, le da vida y anuncia la Buena Noticia a los pobres. La respuesta de Jesús, como respuesta evangélica, orienta a Juan y a todos los demás. Pero no todos están de acuerdo con su estilo de vida, con sus obras, con su forma de vivir el mesianismo. De ahí que el mismo Jesús tenga que proclamar: «Y dichoso el que no se escandalice de mí».

- 2) La declaración de Jesús sobre Juan (vv. 7-15) consta de tres preguntas dirigidas al público. Las dos primeras tienen una respuesta negativa: Juan no es un predicador oportunista ni un lujoso cortesano. La respuesta a la tercera es, sin embargo, positiva: Juan es un profeta, y más que un profeta; es el precursor del Mesías, es Elías, el que tenía que venir a prepararle el camino (Mal 3,23-24). La grandeza de Juan no estriba solamente en el vigor de su carácter, en la rectitud de su obrar, en la austeridad de su vida; está, ante todo y sobre todo, en la respuesta a su vocación de profeta y precursor del Mesías.

Juan es grande; no obstante, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él. Afirmación que no es fácil de entender; pero en la que al menos una cosa está clara: pertenecer al reino de los cielos supera cualquier otra grandeza.

2. Gestos liberadores

Las obras que Jesús presenta a los enviados de Juan Bautista no son gestos justicieros, sino servicio liberador a los que necesitan

vida. El gesto que mejor revela su verdadera identidad es su tarea de *curar, sanar y liberar* la vida; y así responde a la pregunta de Juan. Sus obras manifiestan quién es en toda su plenitud.

Nos estamos acostumbrando a descalificar o arrinconar apresuradamente cualquier gesto de acogida, servicio personal o presencia solidaria junto a los desvalidos, como una actitud sospechosa de reformismo, incapaz de renovar nuestra sociedad. Pensamos con ingenuidad que el pueblo nuevo, liberado y solidario, nacerá sólo del cambio de estructuras, de un vuelco radical, de un nuevo orden internacional. Hay, sin embargo, ciertos seres que lo que realmente necesitan para vivir y sentirse esperanzados, para ser curados y liberados, es simplemente *un poco de ternura*. En el Evangelio hay una teología de la ternura que siempre es curativa y liberadora. Se ejerce con palabras, con las manos, con los ojos, con el corazón..., y se concreta en caricias, besos, comidas en común, diálogos, contactos, abrazos... Son los verdaderos gestos liberadores. Si algo caracteriza la vida de Jesús de Nazaret es *su amor apasionado a la vida*. Los relatos más antiguos lo presentan luchando contra todo lo que bloquea la vida, la mutila o empequeñece. Siempre atento a lo que puede hacer crecer a las personas. Siempre sembrando vida, salud, sentido, esperanza.

Es necesario luchar con firmeza y tenacidad contra toda forma de injusticia y opresión, desenmascarando los mecanismos sociales que las generan. Pero no es suficiente para liberar a los hombres y mujeres y hacer surgir el reino de Dios. Gestos liberadores son los que vienen cargados de ternura y ofrecen un horizonte nuevo a las personas, como los de Jesús. Sólo éstos anuncian y hacen presente el Reino.

3. ¡Dichoso el que no se escandalice de mí!

Sería monstruoso pensar en un Dios que se acerca a los hombres precisamente para agravar nuestra situación e impedir nuestra felicidad. Cuando Jesús, encarnación del mismo Dios, se presenta al Bautista lo hace como alguien que ayuda a ver, que ofrece apoyo para caminar, que limpia nuestra existencia, que pone vida y Buena Noticia en nuestras vidas. Pero el Dios de la ternura y de la vida también puede defraudar. Hay personas que se han hecho un Dios a su imagen y semejanza y por nada del mundo quieren desprenderse de él. *El Dios encarnado rompe sus parámetros*. De ahí que el mismo Jesús dijera: «¡Dichoso el que no se escandalice de mí!».

Dios siempre es el mismo: perdón sin límite, comprensión en la debilidad, consuelo en la mediocridad, esperanza en la oscuridad, amistad en la soledad, ternura en la lucha, vida siempre. ¡Dichosos

los que descubren que ser creyente no es odiar la vida sino amarla, no es bloquear o mutilar nuestro ser sino abrirlo a sus mejores posibilidades!

4. Elogio de Juan Bautista

Un hombre fiel a sí mismo y a su misión. Austero, firme, lleno de coraje y esperanza. Nada de lujoso cortesano, nada de predicador oportunista... Pero, a la vez, un hombre solo, encarcelado, sin poder ejercer su misión, con la duda en las entrañas: «¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?». Éste es Juan Bautista. Éste es el precursor. El elogio que Jesús hace de él nos revela qué es lo que cuenta para Dios y qué es lo que nos hace grandes en el Reino: Anunciar la Buena Noticia, preparar el camino del Señor. Ésta es la misión que tenemos. Y por encima de ello, ver, oír, acoger, gozar los gestos liberadores y las primicias del Reino.

A pesar de nuestras dudas, a pesar de nuestros fracasos, a pesar de nuestras carencias, a pesar de nuestros falsos o desvirtuados ideales y esperanzas..., Jesús tiene su elogio para nosotros.

5. Siempre hay justificaciones

Para el que no quiere entrar en la dinámica del Reino siempre hay excusas al alcance de la mano. Se rechaza una actitud lo mismo que la contraria; se critica una propuesta, y luego otra. Juan es rechazado por austero; Jesús, por comilón y borracho. Siempre hay motivos, siempre hay justificaciones, siempre hay excusas para quien no quiere cambiar ni convertirse. A todo se le puede dar la vuelta. Es la prueba de la falta de sinceridad. Hoy diríamos «*falta de voluntad política*», «*falta de compromiso histórico*». Nada convence, todo es criticable. Los signos de los tiempos pierden su calidad de signos, pues los envolvemos en ambigüedad. La Buena Noticia pierde garantía y es un producto más. Hemos desabsolutizado las mediaciones, y hemos hecho bien. Pero al desabsolutizarlas las hemos trivializado en vez de buscar los rasgos de verdad y de liberación que en ellas se nos ofrecían. *Siempre hay justificaciones para no sentirse interpelado*, para no entrar en la dinámica del Reino, para hacer lo que nos apetece...

6. Sugerencias para orar

- a) *Preguntar con ánimo de aprender*. Si nos encontramos desorientados, desconcertados, a la intemperie, si no sabemos qué

hacer, si la situación nos desborda, si no tenemos las claves de interpretación: preguntar, acercarnos a la fuente, consultar a quien realmente pueda darnos la respuesta y aclararnos las dudas y el horizonte. Preguntar como Juan Bautista.

- b) *Tener ojos, mente y corazón bien abiertos.* Abrir todos los sentidos para descubrir, ver, escuchar, palpar, percibir, gustar, sentir la Buena Noticia de Dios y a Dios mismo que anda entre nosotros. Descubrir, acoger y gustar sus signos, sus toques, sus regalos, sus palabras.
- c) *Discernir.* Ver cuál es la mejor manera de esperar a Dios y su Reino, cuál la mejor manera de prepararse a recibirlo y de vivir cada día como si fuera Navidad o Pascua. Discernir con alegría y esperanza. Llegar a concreciones prácticas y presentárselas a Dios. No dejarse engañar por los que tratan de despistarnos... Orar despejando nubes, aclarando y haciendo camino.
- d) *Hablar bien de las personas.* Aprender de Jesús que habló bien de Juan Bautista. Aprender de Jesús a saber descubrir lo bueno y positivo, los brotes de justicia y fraternidad que hay en cada uno, en todos los que nos rodean. Hacerlo es orar evangélicamente, como Jesús.
- e) *Dar gracias por los signos de vida.* Por los que hay junto a nosotros y por los que se dan en otros lugares. Por los que estamos viendo y por los que oímos. Por los que pertenecen a nuestro mundo y a nuestra comunidad, y por los que pertenecen a otros grupos y religiones. No escandalizarnos por la presencia y fuerza del bien, aunque éste nos supere y desconcierte.

ABRE LOS SENTIDOS

Escucha
atentamente,
afincado en la realidad siempre,
esos silencios que hablan,
esas voces de angustia y esperanza,
esa sinfonía humana no acabada.
¡No me digas que tus tímpanos
carecen de tal gracia!

Olfatea,
hasta embriagarte,
esos olores y perfumes
de flores y basureros a tu alcance,
de personas con sudor en su frente,
de pueblos, vidas, ideales haciéndose, muriéndose.

¡No me digas que eres insensible
a náuseas y fragancias!

Palpa

así, suavemente, como sabes,
esas costras y blandas realidades,
esos hermanos con heridas para besarse,
esas soledades aisladas para no tocarse,
esas estructuras tan frías para abrazarse.
¡No me digas que tus yemas táctiles
no sienten ni se estremecen!

Mira

con tus ojos penetrantes,
y ve el inmenso horizonte que existe,
eso que nadie enseña serena y dignamente,
lo que el mundo esconde de forma vergonzante,
lo que es deleite o bajar la vista te hace.
¡No me digas que tus pupilas son reacias
a las tres cuartas partes que existen!

Gusta

sin pensar en precios, pues es gratis,
todo lo que tienes y se te ofrece:
la vida a raudales, tan patente;
el hambre que no puede masticarse;
esos granos a punto de reventarse.
¡No me digas que tus papilas
no están hechas para tales sabores!

Y si un sexto sentido tienes, como a veces se dice,
haz que por él penetre lo que es espíritu de tu vida
y alimento de tu carne y sangre:
las estructuras y detalles
de ese Reino que llora y crece.
¡Todo lo que yo pensé y recreo,
y todo de lo que sois artifices!
¡No me digas que renuncias a lo que te ofrezco
con amor de Padre y Madre,
o que me he equivocado contigo
en esta aventura amante...!

¡No me digas que te escandaliza
la pequeñez del Reino,
mi vida con aire nuevo,
o las consecuencias de tu actuar profético!

Oh Señor, aquí estoy;
ábreme los sentidos
para escuchar,
olfatear,
palpar,
mirar,
gustar
y vivir como Tú.

Ulibarri, Fl.

Anuncio y nacimiento de Jesús

«Así nació Jesús el Mesías: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. Su esposo, José, que era hombre recto y no quería infamarla, decidió repudiarla en secreto. Pero, apenas tomó esta resolución, se le apareció en sueños el ángel del Señor, que le dijo:

–José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte contigo a María, tu mujer, porque la criatura que lleva en su seno viene del Espíritu Santo. Dará a luz a un hijo, y le pondrás de nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.

Esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por el profeta:

*“Mirad: la virgen concebirá y dará a luz a un hijo y le pondrá de nombre Emmanuel” (Is 7,14)
(que significa “Dios con nosotros”).*

Cuando se despertó José, hizo lo que le había dicho el ángel del Señor y se llevó a su mujer a su casa.»

Mt 1,18-24

1. Para comprender el relato

Los llamados relatos de la infancia poseen unas características particulares que los diferencian notablemente del resto del Evangelio. *No son relatos históricos sino testimonios* sobre Jesús formados a la luz de la fe, pero contienen múltiples recuerdos históricos. Nuestro fragmento, por ejemplo, no intenta tanto darnos a conocer detalladamente el nacimiento de Jesús cuanto adelantarnos su cometido, el alcance salvífico de su misión, su verdadero ser.

Por su estilo y género literario, los capítulos dedicados a la infancia tienen otras peculiaridades que los diferencian: la abundancia de lo maravilloso, mucho más marcada que en otras partes del Nuevo Testamento; el recurso constante al Antiguo Testamento, mucho más masivo que en ningún otro lado. ¡Los cinco relatos que componen el Evangelio de la infancia de Mateo tienen referencia a la Escritura!